

La primera generación de las trabajadoras en maquiladoras de Ciudad Juárez: aprendiendo a trabajar y protestar (1965-1979)

The first generation of Women Workers on Maquiladoras of Ciudad Juarez: learning to work and protest, 1965-1979

Cirila Quintero Ramírez

El Colegio de la Frontera Norte - Sede Matamoros

Resumen

Este artículo recupera la experiencia de la primera generación de trabajadoras de la industria maquiladora en Ciudad Juárez, en el período de 1965 a 1979, con el propósito no solo de entender su trabajo y condiciones laborales en la línea de producción, sino conocer como este trabajo la concientizo acerca del significado del trabajo en esta industria, y como esto cambió su percepción hacia la actividad laboral que desempeñaba, los salarios que recibía, así como el tipo de relaciones que establecía con sus compañeras y compañeros de trabajo y sus supervisores, pero sobre todo como esto afectó a sus actividades familiares. La experiencia laboral de estas mujeres no solo les permitió aprender a trabajar sino a cuestionar sus condiciones laborales, responsabilidades familiares y sus relaciones afectivas con los hombres. El artículo, también, enfatiza como los empresarios y promotores de la maquila, a pesar de contratar hombres desde el inicio, construyeron socialmente el trabajo de la maquila como un empleo femenino.

Palabras clave: Trabajadoras, maquila, historia, Ciudad Juárez.

Abstract

This article retrieves the experiences of the first generation of female workers in the export assembly plants, namely maquiladoras, in Ciudad Juarez, between 1965 and 1979. The analysis seeks to examine how labour conditions shaped these women's subjectivities and understanding of their work, their relationship with their co-workers and managers, and overall, their roles at work, at home and in society. Then, on the production line, the women workers learn how to work but also to challenge their working conditions, to question their role in the household and their emotional relationships with men. The article also emphasizes how the managers and promoters of maquiladoras, in spite of hiring men from the very beginning, socially constructed the work at the maquila as a woman's job.

Keywords: women workers, maquila, history, Ciudad Juárez.

En 1978, Hartmann^[1] escribió un artículo acerca de cómo el marxismo y el género eran dos conceptos poco asociados. La principal crítica era que el marxismo oscurece las diferenciaciones entre sexos, dada la predilección de lo económico, por lo que es importante revisar otras perspectivas para encontrar estas diferenciaciones. La crítica más que a la teoría tiene que ser extendida a varias analistas feministas, que nos formamos en la escuela marxista, que nos ha costado trabajo salir de ese *corset* teórico, pues hemos seguido estudiando a las mujeres desde una perspectiva economicista y desde un enfoque masculino, al querer evaluar el trabajo realizado por ellas, con categorías como salarios, sindicatos, huelgas, etc., enfatizando la explotación de que son objeto las trabajadoras, es decir, desde una posición de victimización. Un análisis desde otra perspectiva más social, sin olvidar la estructura de dominación capitalista y patriarcal, y subordinación, en la que se desenvuelve las mujeres, parece necesario. Las características espaciales y temporales y la forma que hombres y mujeres interactúan en estas dimensiones también resultan muy pertinente.

Introducción

Dentro de estas miradas, la histórica parecería representar una fuente inspiradora para obtener nuevos enfoques de los fenómenos. El acercamiento a la realidad para formular o revisar nuestros análisis y crear conceptos resulta central, antes de encerrar la complejidad social y laboral de la mujer en conceptos preestablecidos. En el año de 2003, en una entrevista a una trabajadora, por quien escribe, para entender la reestruc-

turación industrial y la flexibilidad laboral que se estaba registrando en las industrias mexicanas, y su impacto en las mujeres; después de hora de platicar del proceso productivo, de los estándares de producción, de la forma de organizarse para producir con calidad, una trabajadora, cansada de mi interrogatorio, me pregunto: «¿oiga por qué no me pregunta de otra cosa? yo soy más que mis manos». La pregunta fue una verdadera sacudida como analista, efectivamente, en aras de seguir una perspectiva teórica, olvidamos la complejidad de la vida laboral, especialmente de las mujeres. El siguiente estudio que realicé dio origen a un libro titulado: *Soy más que mis manos. Los diferentes mundos de la mujer en la maquila*^[2]. En donde intenté abordar la complejidad de la vida de las trabajadoras a partir de distintos espacios en donde se mueve: la ciudad, la fábrica, el sindicato, el hogar y dediqué el último rubro al mundo de sus sueños, sus miedos, sus expectativas.

Esta experiencia de investigación muestra que las teorías no son las responsables de su cortedad explicativa sino que lo somos los y las analistas que pretendemos seguir utilizando las categorías generadas en otros tiempos para entender realidades actuales, en lugar de usarlas como marcos de razonamiento para entender la complejidad de un fenómeno actual. Partir de las condiciones materiales, como expreso Marx, sigue siendo muy relevante, sin embargo, para la comprensión de las problemáticas de las mujeres, no basta concentrarse sólo en la producción, de cómo son explotadas las mujeres, sino *cómo* la producción interactúa con las características sociodemográficas, como las concientiza y como se rebelan no sólo ante esta industria sino contra sus mismos condicionantes sociales.

1.- Heidi Hartmann, «The Unhappy marriage of Marxism and Feminism: toward a more progressive union» en Lydia Sargent, *Women and Revolution*, Boston, South End Press, 1981, pp. 1-41-

2.- Publicado por la Fundación Friedrich Ebert y el Sindicato de Jornaleros y Obreros Industriales (SJOIIM) en 2006 [<http://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/50438.pdf>]



Trabajadoras de una maquila. México, década de 1970 (Fuente: Archivo General del Estado de Veracruz).

Este trabajo se basa en los testimonios de mujeres trabajadoras de la maquila en la primera década y media de existencia, fechada entre 1965 y 1979, en Ciudad Juárez, cuna de la industria maquiladora, con la finalidad de recuperar su perspectiva del trabajo realizado, pero también de sus cambios familiares y su participación en movimientos laborales. El estudio parte de la instalación de estas empresas, llamadas maquiladoras y caracterizadas por ensamblaje de productos parciales o terminados, en un país en desarrollo, como México, mediante el pago de bajos salarios, y cuyos productos están enfocados al mercado internacional, en donde la mano de obra inicial fue femenina. A partir de este contexto, la exposición recupera la acción femenina a través de su inserción en el empleo maquilador, y las transformaciones laborales y sociales que experimentaron en sus vidas. Mediante estos testimonios se trata de deconstruir la idea de la mujer como trabajadora dócil, subordinada y carente de acción en esta industria.

La metodología utilizada

El texto está basado en diez entrevistas en profundidad realizada a diez mujeres que trabajaron entre los años de 1965 y 1979^[3], en Ciudad Juárez, la ciudad maquiladora con más importancia histórica. Las entrevistas fueron realizadas entre 2015 y 2018, pretenden rescatar las percepciones de las mujeres más allá de la línea de producción y conocer como impactaron en su concientización, en su forma de lucha y la articulación con su vida diaria. La entrevista en profundidad, es una prima cercana de la historia oral, y la historia de vida, porque a partir de preguntas detonadoras, la trabajadora reconstruye su vida, en el período estudiado, pero los entrecruzan con otros eventos de su vida y del contexto espacial y temporal en que vivían en ese momento.

3.- El estudio tiene como fuente principal los testimonios de mujeres, a partir de entrevistas a profundidad, que laboraron en la industria maquiladora de Ciudad Juárez entre 1965 y 1989, en total se realizaron 10 entrevistas entre junio de 2015 y mayo de 2017.

Por lo tanto, este es un estudio cualitativo, en donde los testimonios de las mujeres, a través de sus percepciones, resultan centrales, para comprender no sólo que significó trabajar en la maquila, sino como esto afectó y cambió sus percepciones en torno al trabajo y a sus relaciones de pareja y familiares.

La exposición se complementa con la revisión de estudios realizados sobre estas mujeres en el período^[4], en donde se enfatizó la explotación de que eran objeto en esta industria; así como estadísticas de la época, que permiten entender el contexto económico y social en el que se tuvieron que desenvolver estas primeras trabajadoras de la maquila, y que las llevo a confrontar el ambiente productivo y social en que se desarrollaron.

La maquila: nueva fase capitalista y su alianza con el empresario local

Los primeros textos generados sobre el análisis de la maquila coinciden en visualizarla como parte de una internacionalización del capital, al salir de países desarrollados, como Estados Unidos, a países subdesarrollados, como México, en busca de mano de obra barata^[5], mediante la deslocalización del proceso productivo, manteniendo las de actividades de alta calificación en países desarrollados y los de trabajo intensivo en países subdesarrollados^[6]. En dicho modelo era evidente las ventajas de

las empresas extranjeras obtenían, particularmente norteamericanas, al importar y exportar sus insumos y productos sin pago de impuestos, pero sobre todo por los bajos salarios que pagaba en comparación a los pagados en su país de origen. La discusión de la sujeción de la economía mexicana fue ampliamente abordada por los autores de la época. Menos tratado ha sido el papel que los empresarios locales desempeñaron en la adopción de la maquiladora, y los debates que estos mantuvieron con el gobierno federal.

La historia oral de los participantes en la implementación del proyecto maquilador muestra una negociación que involucró el debate entre distintos actores, especialmente funcionarios federales y empresarios locales. El primer debate fue en torno al tipo de industria que se buscaba para la frontera, que principalmente había tenido una vocación de servicios y comercio dirigido a turistas y consumidores de Estados Unidos. Por un lado, se encontraba la de estimular industrias (con contenido nacional) vinculadas a la exportación, y por otro, las maquiladoras, industrias de capital extranjero, que se instalarían en la frontera norte. En el debate, se apreciaban dos posiciones: unos que consideran que empresas (como las maquiladoras) sólo estaban interesadas en la mano de obra barata y condenaban a México a ser mero ensamblador. Cuando lo que se debería hacer sería: «producir artículos que sustituyeran importaciones, no productos terminados sino de materias primas y partes». Esta posición era defendida por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP), dirigida por Antonio Ortiz Mena.

La otra perspectiva consideraba que las maquiladoras crearían empleos suficientes para la frontera. Un aspecto central dado el desempleo que existía en la frontera. La maquila solo era el inicio de un proceso de industrialización, de acuerdo sus defenso-

4.- Particularmente se revisaron los estudios de Jorge Carrillo y Alberto Hernández, *Mujeres fronterizas en la industria maquiladora*, México, CEFNOMEX; Norma Iglesias, *La flor más ella de la maquiladora*, México, CEFNOMEX, 1985 y Sandra Arenal, *Sangre joven. Las maquiladoras por dentro*, México, Nuestro tiempo, 1986

5.- Mario Arriola Woog, «*El programa mexicano de maquiladoras: una respuesta a las necesidades de la industria norteamericana*», Tesis de relaciones internacionales, Colegio de México, México, 1978.

6.- J. Carrillo y A. Hernández *Mujeres fronterizas...*, p. 216

res, dado que iniciarían con el ensamblaje de componentes para luego estimular actividades industriales más complejas. Esta posición era sostenida por la Secretaría de Industria y Comercio (SIC), representada por Octaviano Campos. Al final se impuso la segunda perspectiva. Las primeras industrias, como lo había enunciado la SHCP, fueron meramente ensambladoras. Para atraer las primeras inversiones, se realizaron una serie de promociones y exhibiciones por Estados Unidos. En las que se buscaba atraer industrias más estables y con más tecnología^[7].

Para algunos, el problema entre ambas posturas residía en que industrias como las maquiladoras, le impediría cobrar determinados impuestos a la SHCP. Sin embargo, para los funcionarios de la época, la discusión iba más allá, se trataba del tipo del trabajo que se quería impulsar en México: «era muy arriesgado proponer o aceptar galerones, una mesas inmensas y poner a la gente ahí a estar armando, aprovechar según nosotros, la habilidad de la mano de obra para pegar, despegar, hilar, soldar... fuimos algunos funcionarios ...a ver como se estaba organizando la maquila (en Panamá) ...llegamos verdaderamente alarmados, con toda honestidad, porque sí, las formas de organización del trabajo eran verdaderamente primitivas, al menos las que vimos nosotros...».

Por su parte, los funcionarios de la SIC quienes habían visitado plantas asiáticas en Japón y Corea expresaban que este modelo parecía ser más prometedor industrialmente dado: «las grandes empresas electrónicas eran las que ensamblaban los aparatos, soldaban milimétricamente, pensaban en trabajos también muy interesantes, como el

de muchas de las plantas automotrices, en las que se requieren de cierto ensamble, esa era la diferencia». Sin embargo, los funcionarios de SHCP argumentaban que era muy difícil que vinieran ese tipo de industrias a la frontera, y que los que llegarían serían del tipo de Panamá.

El tiempo les dio la razón a la SHCP, al menos en la primera etapa, las primeras solicitudes para trabajar bajo la modalidad de maquiladoras provinieron del tipo Panamá: primero fue una procesadora de mariscos en Matamoros y luego una selectora de cupones de Ciudad Juárez^[8]. Estas primeras plantas se instalaron en casas hechas, solas, posteriormente surgirían los Parques Industriales. Otro tipo de industrias arribaría años después como resultado de promociones empresariales en la Unión americana, más parecida a lo que deseaban los funcionarios de la SIC. La primera inversión sería la de RCA en Ciudad Juárez.

Sin embargo, para los funcionarios de la SHCP, estas plantas sólo eran una solución transitoria al desempleo de la región y distaba mucho de ser una industria base para la industrialización de la frontera, con una fuerte participación de capital nacional que produjera para la exportación, como se pretendía. Así pues, la SHCP no sólo crítico la instalación de plantas ensambladoras sino que rechazo de entrada las llamadas *Twin Plants*, o Plantas Gemelas, de acuerdo a su consideración, en este proyecto «el proceso más sofisticado, más técnico, era del otro lado, y el proceso más primitivo, menos sofisticado, era de este lado».

A pesar de esta oposición, la industria maquiladora se estableció, en la vertiente de creadora de empleos, como lo había previsto la SIC, la decisión fue comunicada por el presidente Gustavo Díaz Ordaz. en una gira por Chihuahua. Los empresarios

7.- Samuel Schmidt, *En busca de la decisión: la industria maquiladora en Ciudad Juárez*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez/University of Texas El Paso, Colección Sin Frontera, 1998, pp. 90.

8.- S. Schmidt, *En busca de la decisión*, pp. 88.

juarenses habían costeado un estudio para mostrar las bondades del programa. Este estudio recomendaba establecer un programa de promoción industrial para interesar a manufactureros norteamericanos para instalarse en Ciudad Juárez. El tipo de industrias —decía el estudio— que había que atraer eran manufacturas que realizaban operaciones que exigían una gran cantidad de mano de obra, y que laboraban productos sujetos al pago de derechos reducidos para importación^[9]. El apoyo del empresario local resultó fundamental para abrirle las puertas al capital trasnacional.

Ciudad Juárez: cuna de la industria maquiladora^[10]

El estudio financiado por los empresarios juarenses recomendaba obviamente a Ciudad Juárez como el lugar ideal para la instalación de maquiladoras, dada su mano de obra barata, la cercanía geográfica con el Paso, Texas, las posibilidades para crear un Parque industrial y la instalación de crear plantas gemelas. Aunque también enunció algunas desventajas en Ciudad Juárez como la corrupción de sus autoridades, la burocracia en la importación y exportación y la escasa oferta de mano de obra especializada y semi-especializada^[11]. Las ventajas se impusieron sobre las desventajas y la maquila llegó a Juárez^[12].

Las primeras maquiladoras que llegaron a la ciudad fueron maquilas pequeñas de costura^[13], que se instalaban en cualquier parte, atraídas en buena parte por la principal ventaja de Ciudad Juárez: el bajo costo salarial. Además de su mano obra, que los primeros inversionistas constataron que se podía entrenar, era muy efectiva y productiva. Posteriormente, llegaron las primeras grandes maquiladoras. Una de las primeras maquiladoras en llegar a Ciudad Juárez fue Acapulco Fashion, una fábrica textil que venía de Nueva York. Luego llegó Nielsen, A.C., una procesadora de cupones^[14], más tarde llegaría R.C.A, y luego General Electric (GE). En la atracción, el apoyo gubernamental estatal y local para atraer a las empresas resultó fundamental, mediante distintas concesiones fiscales, así como en la construcción de parques industriales.

A pesar del apoyo empresarial y gubernamental, la maquila pronto demostró ser una fuente de empleos poco confiable, debido a su alta dependencia de los movimientos económicos de las empresas, de que eran filiales. Los momentos de crisis en sus países de origen, como fue la crisis en Estados Unidos, se convirtieron en período de despidos masivos de trabajadores en estas empresas. La fragilidad laboral fue una de sus características principales. Las maquiladoras inauguraron prácticas laborales

9.- S. Schmidt, *En busca de la decisión*, pp. 332

10.- Ciudad Juárez, pertenece al Estado de Chihuahua, está ubicada en la frontera de Estados Unidos y limita con El Paso, Texas. Tiene una posición geográfica estratégica para enlazarse tanto con ciudades mexicanas como norteamericanas.

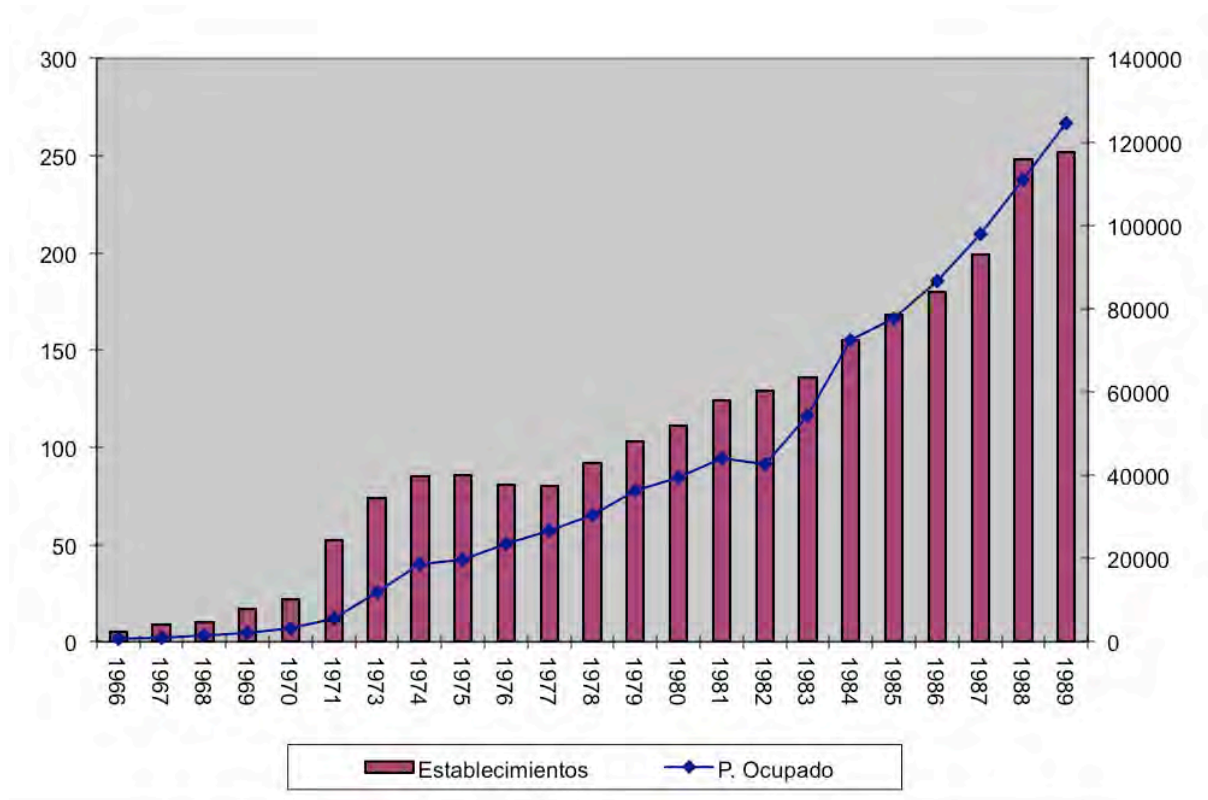
11.- S. Schmidt, *En busca de la decisión*, pp. 336-337.

12.- La consideración de Ciudad Juárez resulta central no solo por ser pionera en la inversión maquiladora, sino porque a través de los años se convertiría en la *ciudad maquiladora* por excelencia, dado el número de empleados creados, aunque, la ciudad también es un ejemplo de la precariedad laboral y marginación social que acompaña-

ría a la maquila, así como el incremento de la violencia en contra de las mujeres que desembocaría en los feminicidios. Ciudad Juárez representa las dos caras de la moneda un capitalismo exitoso con una degradación social y femenina acentuada.

13.- Se cuenta que la primera maquiladora en Juárez fue una maquila de puertas de madera, toda la puerta era construida con pino mexicano, pero se importaba las chapas de Filipinas, para luego exportarse a El Paso, Texas, Véase S. Schmidt, *En busca de la decisión*, p. 155.

14.- Los funcionarios de la época cuentan que esta planta no les dio tanto problema con la aduana, dado que importaban puro papel, eso no creaba ninguna sospecha al aduanal.

Gráfica 1: Empresas y empleos en Ciudad Juárez, 1966-1989

Fuente: INEGI. Estadística de la industria maquiladora de exportación 1974-1980. México, 1981: 2; INEGI, Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación. 1979-1989, México, 1991: 6; INEGI, Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación, 1995: 5; INEGI, Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación 1994-1999, 2000

poco conocidas en el ámbito manufacturero mexicano, como fue el cierre de la noche a la mañana, sin previo aviso a las autoridades, y sin indemnización de los trabajadores. Los críticos de la maquila acuñaron el término fábricas *golondrinas* para denominar a estas empresas que emprendían el vuelo no solo por problemas económicos sino también laborales. La instalación de ensambladoras en otros países, sobre todo en el este, en los años cincuenta y sesenta, inauguró también la movilidad de empresas sin problema alguno a través de los países y de los continentes^[15].

El repunte de la actividad maquiladora se dio en 1976, debido a nuevas concesiones a las maquiladoras, entre las que estuvo «la eliminación de fianzas, la apertura del mercado a productos electrónicos, terrenos gratuitos en el Valle de Juárez, mayor facilidad para contratar a técnicos extranjeros, exención del pago de tarjeta de salud a los trabajadores, agilización de los trámites burocráticos para instalarse (o reinstalarse). Sin embargo, el estímulo principal que recibieron las maquiladoras fue la devaluación del peso mexicano en 1976, lo que representó un crecimiento importante la gráfica siguiente muestra el crecimiento de empresas y de empleos de la maquila en Ciudad Juárez

En este primer periodo, la mayor parte de empresas asentadas en ciudad Juárez adop-

15.- Jefferson Cowie, *Capital Moves. RCA's Seventy-Year Quest for Cheap Labor*, The New Press, New York, 1999, pp. 280.

taron el modelo de *plantas gemelas*, a pesar del escepticismo que había manifestado algunos funcionarios desempeñó un papel central. Las principales plantas, dedicadas a la electrónica y textil, tenían alguna contraparte en Estados Unidos, ya fuese para terminación de productos o para almacenaje^[16].

El apoyo que el gobierno local continuó prestando a la industria maquiladora incrementó su importancia. El crecimiento de parques industriales fue espectacular. Para 1980, Ciudad Juárez ya contaba con tres grandes parques industriales y dos medianos^[17]; para 1988, la ciudad contaba con 15 parques industriales, más de 300 plantas y 120,000 empleos^[18]. A finales de los años setenta, Ciudad Juárez se había consolidado como la principal ciudad maquiladora. Mientras la industria parecía progresar, la parte laboral confrontaba fuertes problemas, producidos por su vulnerabilidad industrial. La gráfica 1 muestra los altibajos que ha esta industria experimentado en cuanto a empleos el gran problema residía en que detrás de cada caída, se encontraron cientos de trabajadoras y trabajadores que perdían su empleo.

Las mujeres: fuerza laboral inicial de la maquila juareense

El mercado laboral de Juárez al arribo de la maquiladora estaba integrado por una

mayoría de hombres. Las principales actividades eran los servicios y el comercio, y un grupo importante de trabajadores que vivían en Ciudad Juárez y trabajaban en El Paso, denominados *tarjetas verdes*. La otra parte eran migrantes que intentaban cruzar la frontera.

En su inicio, la maquila fue considerada como una alternativa para subsanar el problema de desempleo que había sido propiciado por el término del Programa Bracero^[19] y la continua migración que había estado llegando a la Ciudad, desde los años cuarenta. De 1940 a 1970, Juárez había incrementado su población de 48,881 a 276,995 habitantes^[20].

Varios estudios han asociado el aumento de la migración a Ciudad Juárez con el establecimiento de la maquila. Sin embargo, no es así. Lo que originó la migración a Ciudad Juárez fue la potencialidad de trabajar en Estados Unidos, en los años cuarenta. La apertura de contrataciones para trabajar en la maquiladora atrajo a los trabajadores, principalmente mujeres de la región. Ellas eran hijas, hermanas o esposas de los primeros migrantes que llegaron a Juárez. Por ejemplo, uno de los primeros estudios en la maquila juareense mostraba que el 24% de mujeres trabajando en la maquila eran hijas de migrantes^[21].

La maquila despertó un mercado laboral novedoso: el femenino. Para Marx, estas mujeres formarían parte de ejército de reserva laboral, sin embargo, en el ingreso a la maquila de mujeres se registraba una

16.- Algunas de las plantas que tenían instalaciones en El Paso y Juárez eran Centralab Electronics, General Electric Corporation, General Instruments, en la rama electrónica y El Paso Apparel, y Zenith Shirt Company en el ramo textil, Alicia Castellanos, *Ciudad Juárez. La Vida Fronteriza*, Editorial Nuevo Tiempo, 1981, pp. 140-141

17.- Dalia Barrera Bassols, *Condiciones de trabajo en las maquiladoras de Ciudad Juárez*, México, El punto de vista obrero, INAH-Serie Antropología Social, 1990, pp.17.

18.- Martín González, *Breve historia de Ciudad Juárez y su región*, México, University New Mexico State / El Colegio de la Frontera Norte / Universidad Autónoma de Ciudad Juárez/ Ediciones y Gráficos EON, 2002, pp. 202.

19.- Programa migratorio entre México y Estados Unidos firmado en 1942, para el envío de trabajadores agrícolas a los campos de cultivo de Estados Unidos. El programa fue finalizado en 1964.

20.- Oscar J Martínez, *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp.213.

21.- Alicia Castellanos, *Ciudad Juárez. La Vida Fronteriza*, Editorial Nuevo Tiempo, 1981, pp. 182.

mezcla entre requerimientos productivos de las empresas y decisiones personales de las mismas mujeres. Las explicaciones empresariales, de la época, en torno a la preferencia por la contratación de mujeres iba desde su idoneidad para el trabajo maquilado hasta sus características físicas: la fina musculatura que ésta posee: los dedos delicados, el alto nivel de destreza, la paciencia y el gusto por repetición convierten a las mujeres en empleadas idóneas para las maquiladoras ^[22]. Un empresario expresó lo siguiente: «La razón por la cual preferimos a la mujeres es que son más pacientes y menos difíciles que los hombres, las mujeres no se cansan de realizar la misma operación durante novecientas veces al día», como sus *habilidades* para realizar este tipo de trabajo hasta algunas ideas absurdas sobre sus características fisiológicas que les permitían estar mucho tiempo sentadas. En opinión de algunos estudiosos: «los gerentes preferían a las mujeres por la naturaleza complicada, tediosa e intensa de trabajo de las ensambladoras... [además]...elogiaban a las mujeres mexicanas por su habilidad, adaptación, paciencia, alegría y obediencia» ^[23].

La elección de mujeres no descanso solo en la empresa, sino también en la decisión de las mujeres de trabajar en esta industria. Contrario al estereotipo de que la maquila fue el primer empleo de las mujeres, los testimonios recopilados muestran que algunas de ellas ya tenían experiencia laboral, e incluso que la maquila representaba un avance en su situación laboral, en cuanto a salario y condiciones laborales:

«[...] me gusta mucho el trabajo [de la maquila], me gustaba lo que hacíamos, el trato porque si tratan a uno bien..., me gustaba

22.– María Patricia Fernández Kelley, «Maquiladoras, desarrollo e inversión transnacional», *Revista A*, UAM Azcapotzalco, Vol. IV, 1, (1983), pp. 153-175.

23.– Oscar J Martínez, *Ciudad Juárez...*, pp.180 .

que ganaba dinero porque anteriormente yo trabajaba en casa y me pagaban muy poco y pus uno quiere ganar más, necesita el dinero entonces si me gustaba, de primero que yo entre se me hacía como que *me daba vergüenza que me pagaran ese dinero porque se me hacía que lo que hacía yo no era para que pagaran eso...*, claro [fue al principio]... después hasta se me hacía poquito» (Ofelia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

La inexperiencia laboral y las condiciones tan desventajosas que habían tenido en empleos anteriores, donde no tenían horarios fijos, les pagaban poco y sin seguridad social, hacían que las mujeres viesan al trabajo maquilador como una fuente laboral bastante buena, aunque después su experiencia les haría cambiar de opinión. Las trabajadoras también visualizaban la maquila como un empleo que les permitía nuevos aprendizajes:

«[...] cuando entré..., yo no sabía coser, yo nunca había agarrado una máquina. Nomás que entraba uno ahí [la maquila] y había una línea de producción que se le llamaba *la escuelita*, ahí entraban las nuevas que no sabían coser, había una supervisora..., que enseñaba a uno. Le decían a uno: ‘va a tener un mes para aprender, si en ese mes usted no aprender pues lo sentimos mucho’ [pero no la contratamos]..., ahí te enseñaban a enhebrar las agujas, como ponerla..., como darle a la máquina, despacio, primera todo y así yo estuve un mes», (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

Los requisitos eran pocos: acta de nacimiento, estudios ‘los que se tuvieran’ y experiencia, sí la tenía. ‘Yo no la tenía y aquí en Icamex, me estrene’. La abundancia de trabajos en estas nacientes plantas, hacían que ‘le dieran a uno luego, luego el trabajo’. Otras trabajadoras, visualizaron a la maqui-

la como una oportunidad para laborar en la Ciudad Juárez en lugar de cruzarse a El Paso:

«Pues [en ese momento] se necesitaba mucho empleo y la gente en lugar de irse a trabajar a El Paso, pues digamos..., tuvimos la oportunidad de encontrar trabajo aquí en la misma ciudad o ir en camiones [a las empresas], porque había camiones a toda hora, [para donde estaban las empresas]» (María, trabajadora juarense, período 1965-1979)

Algunas entrevistadas mencionan que, aunque tenían pasaporte, y la posibilidad de irse a El Paso, prefirieron emplearse en la maquila, «porque aquí se me hacían bien, porque aunque fuera poquito, pues tenía mi seguro social y si tenía algunas prestaciones», (Elvira, trabajadora juarense, período 1965-1979). Es decir, en un primer momento la maquila se convirtió en un empleo mejor remunerado y con mejores prestaciones que otros empleos locales, y de ahí su preferencia por las mujeres. El descontento laboral surgiría con los empleos generalizados por las crisis, y por las condiciones laborales que pronto mostraron que no eran tan mejores como se había pensado en un inicio.

La heterogeneidad productiva de la maquila y el uso pragmático de las mujeres trabajadoras

Las entrevistas con mujeres del primer período de la maquila aportan también otros datos interesantes. Dos de las características más mencionadas en los estudios sobre las trabajadoras de la maquila en años sesenta y setenta fueron la producción intensiva, y poco calificada, de partes pequeñas de productos textiles y electrónicas y el empleo *solo* de mujeres. Sin embargo, los relatos de las primeras trabajadoras dan

cuenta de procesos productivos heterogéneos, es decir, no existió un solo tipo de maquila; su producción y condiciones laborales, dependieron de la posición de su empresa matriz en el esquema internacional. Las actividades realizadas fueron desde tareas *fáciles* como checar pantallas, o bien checar fases últimas de procesos productivos a través de microscopios potentes, hasta soldar partes microscópicas en *tablillitas* para aparatos electrónicos. La descripción de las actividades que realizaban las trabajadoras muestra más que ausencia de una calificación, la elaboración de sofisticados procesos, para las cuales no siempre recibían capacitación alguna, además de que debían contar con una gran capacidad para reestructurar sus actividades:

«[...] nos llamaban a junta y nos decían..., cambió el modelo de trabajo..., teníamos que revisar ese modelo..., nos enseñaban como tenía que ir el trabajo..., nos daban una hoja y en esa venían otras cosas, pero es todo y..., tenías que buscar [entender] lo que es el trabajo...y ahí estás checando esa hoja..., aparte de eso..., [cuando] cambiaban de producto, otra vez [nos llamaban] a juntas [y nos decían] que cambiaba el producto...» (María, trabajadora juarense, 1965-1979)

Las supervisoras desempeñan un papel central, ellas transmitían estos conocimientos a las otras trabajadoras, y les daba un manual con las distintas instrucciones, cada una debía tener un manual, para estar checando los pasos. A pesar de los cambios continuos, las trabajadoras se enfrentaban continuamente al reto del aprendizaje de nuevas formas o modificaciones en su trabajo:

«[...] en ese momento [de nuevas enseñanzas] se me hacía bastante difícil pero ya

después que *agarre práctica* [fue más fácil], después que fui aprendiendo todos los *trucos*, *mmm...*, [me di cuenta que] estaba bien fácil, estaba feliz trabajando ahí» (María trabajadora juarense, 1965-1979)

Los trucos en el aprendizaje del proceso productivo muestran la forma de razonamiento que utilizaban las trabajadoras para interiorizar nuevas actividades con rapidez. Ellas buscaban encontrar diferencias con su actividad anterior que facilitará la realización de las nuevas tareas, los manuales, los instructivos resultaron centrales en esta materia:

«[cuando te enseñaban] al principio te decían ve bien esta letrita pero ya después te familiarizas con el trabajo, ya después dices está mal, va aprendiendo uno sobre la marcha..., [después] ya no nada más era de que vamos a cambiar, era de que haber que letra y digamos [esta letra] es diferente, [lo demás] ya era lo mismo que revisábamos, nada más que en otro modelo..., [lo difícil era] en lo que me aprendía las palabras que venían en inglés y ya las memorizábamos, ya después se me hacía bien fácil» (María, trabajadora juarense, 1965-1979)

La idea de un trabajo repetitivo y monótono, sin necesidad de calificación, es cuestionada ante estas descripciones, las mujeres de la época se enfrentaban y resolvían los cambios continuos de una maquiladora que se regían por indicaciones en el proceso productivo en otro idioma y en aparatos sofisticados y de alta precisión, lo que sin duda las distanciaba de un trabajo descalificado.

La mayor parte de investigaciones también han hecho énfasis en lo rudimentario y precario de los espacios laborales, en los inicios maquiladores, que estos mejorarían hasta finales de los ochenta, y los noven-

ta, por la exigencia de estándares laborales para ser certificados, a nivel internacional, sin embargo, algunas de las trabajadoras entrevistadas mencionan que los requerimientos para la limpieza en los espacios laborales existían desde los años setenta:

«[...] cuando llegaba a mi espacio de trabajo, nos teníamos que poner una bata blanca, guantes blancos y a preparar nuestro lugar de trabajo, porque era material delicado [el que manejábamos]..., [yo] checaba un muestreo y revisaba lo que estaban haciendo y se lo enviaba a la operadora otra vez para que ella continuará y no tenía que detenerse hasta que terminaban su trabajo, aparte de mí, el producto era checado en control de calidad, y el producto iba checado en un 100%» (María, trabajadora juarense, 1965-1979).

El otro elemento que arrojaron las entrevistas con las trabajadoras fue el empleo de hombres en la maquiladora. En sus narraciones se percibe una división sexual del trabajo, y una articulación general en la elaboración del producto. Una trabajadora, empleada en una planta textil que cosía chamarras, pantalones y chalecos menciona:

«[...] primero los muchachos hacían los cortes.... luego..., mandaban el material para todas las máquinas, a cada quien, a hacer una operación, se iba pasando de persona a persona, cada quien tenía una operación hasta que salía ya planchadito y colgado [en su gancho]» (Elvira, trabajadora, juarense, 1965-1979).

Los hombres sólo estaban en el corte porque otras actividades eran difíciles para ellos y también costoso para la empresa:

«[...] los hombres entraron y le pusieron hacer paca [de ropa] cada vez más gruesas...

[no aguantaron] si acaso durarían 4 o 5 meses...se iban solos porque se les hacía muy difícil el día, sentados, [y la revisión de su trabajo] que les quedo mal aquí, y se lo devolvían... es que [había] quien iba revisando cada línea... entonces [a los hombres] les regresaban muchas cosas y se les juntaba mucho material que les regresaban y no, no le convino a la empresa» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

El testimonio muestra no la idoneidad del trabajo textil para las mujeres sino la capacidad de producción de las mujeres para la industria textil, pues con poco tiempo de enseñanza lograban un aprendizaje rápido no de una fase sino de todas las actividades y capaz de adaptarse a los cambios productivos sin problemas, además de producir con calidad:

«[...] no me dieron un curso de entrenamiento, antes no daban eso, antes la ponían a coser en un trapito hasta que *le agarraba la onda a la máquina* entonces ya le empezaban a darle a uno materiales de a poquito primero, ya después entre más sepas más te dan... al principio se me hizo difícil ya después ya no porque fui agarrando práctica pero al inicio se me hacía un poquito difícil porque son prendas muy delicadas, o sea querían todo a la perfección, o sea querían cantidad y también calidad...» (Elvira, trabajadora juarense, 1965-1979).

Esta capacidad de adaptación y aprendizaje laboral, en industrias marcadas por la calidad y fineza de sus productos, parecen ser uno de los factores valorados por los empresarios, más allá de sus condiciones de juventud y status migratorio de las mujeres. Sin embargo, a la par de estas ventajas productivas, el empresario también se confrontó a la principal *desventaja* de emplear mujeres jóvenes:

«[los empresarios] dicen que las mujeres faltamos más, por ejemplo, dicen que las mujeres que tienen niños faltan mucho, que porque se les enferma un niño, que porque se les enferma ahora el otro, que porque no tuvo donde dejarlo, que no vino la abuelita [a cuidarlo], que esto que lo otro...[entonces] faltan mucho y luego se embarazan y son 3 meses los que no vienen y empiezan a faltar [luego] porque se les enferma el niño..., [aunque seas trabajadora] ellos quieren una persona que este todos los días porque la necesitan ahí, si usted falta, ya tienen que poner a otra en la línea, y, ya eso le hace un desastre a ellos...» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

A pesar de esta *desventaja*, la contratación de mujeres resultaba más atractiva para los empresarios, y de ahí su predominio en este período inicial. Las mujeres auto-reconocen porque los empresarios las contrataban:

«[nosotros] dábamos más rendimiento que el hombre...la mujer era más entregada al trabajo [además] la mujer no se desvela, no llega tarde a su trabajo...por lo regular va a su trabajo y cumple... somos más ordenadas o más *disciplinadas*... [ahora bien] no hay que menospreciar al hombre porque hay de todo» (María, trabajadora juarense, periodo 1965-1979).

El cambio hacia la contratación de hombres en los años posteriores, desde la perspectiva de las trabajadoras, se debe a que el trabajo en la maquila se hizo más *pesado*, o aparecieron nuevos sectores, y por eso se contrataron hombres, como fue el caso de la industria automotriz:

«[...] siempre ha habido arneses, pero dicen que en [los] arneses, siempre tienen sus manos todas descarapeladas, maltratada, ese

trabajo *si se me hace muy duro para la mujer, no se me hace muy bueno para una mujer, ese se me hace para los hombres*, pero sin embargo, la mujer se va a donde le den trabajo, aunque sea pesado, duro, aunque le duelan sus manos...» (Elvira, trabajadora juarense, periodo 1965-1979)

Para estas mujeres, la maquila no distinguía por sexo, sino fue el tipo productivo lo que marcó la diferencia entre emplear mujeres o hombres:

«[...] pues [en la maquila] hay [trabajo] para mujeres y hay para hombres, hay de las dos formas, yo pienso... que es parejo porque hay muchas cosas que pueden hacer los hombre más bien que tienen que hacer los hombres cosas pesadas, por ejemplo, ahí en la fábrica los hombres eran los mecánicos, una mujer quiso ser mecánica y entro a estudiar pero no la hacía no arreglaba bien las máquinas..., están [bien] pesadas las máquinas y los mecánicos tienen que arreglar todas, no nada más unas y otras no, y más bien [a] ella..., porque era mujer no le iban a dejar las más facilitas, ¿verdad?. Ahí se juntaban las máquinas que estaban descompuestas y cada mecánico iba agarrando la que le iba tocando o sea iba por orden no que yo agarro ésta que es la más fácil... entonces ella pues muchas veces no podía» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1974)

El testimonio también puede sugerir una prueba laboral masculina a las mujeres que tomaban la decisión de incursionar en *actividades masculinas*. Por el contrario, cuando un hombre entraba en la línea de producción, en estos primeros momentos, y la abandonaba era visualizado cómo una decisión de ellos por no sentirse a gusto en este trabajo, aunque también se apuntan argumentos que mostraban la incapacidad laboral masculina para este trabajo considerado sencillo:

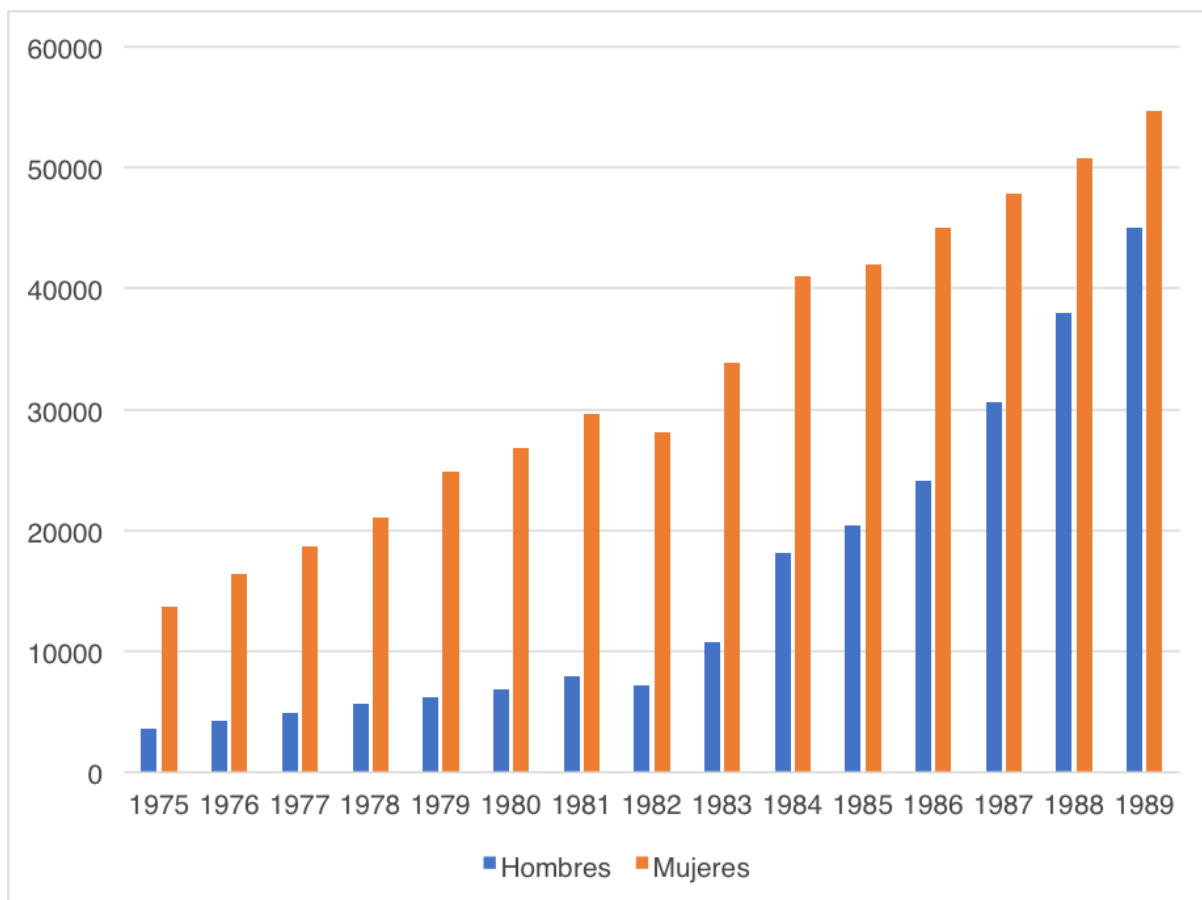
«[los hombres] si llegaban [a la línea], en una ocasión, se pusieron 2 líneas de hombres, pero no les gusto [a los empresarios] la forma en la que hacían el trabajo porque decían que eran muy bruscos, muy toscos... para esas prendas que hacia [la empresa]..., o sea los hombres son muy toscos, *hay como salga*, y las mujeres no, *siempre uno busca que quede bien bonito* entonces no duro las dos líneas que pusieron de hombres...» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

La distinción entre actividades para hombres y mujeres, marca un reconocimiento básico de la división sexual del trabajo. El cuál no está asociado por las relaciones de poder, sino por las razones entre las que se entremezclan las capacidades productivas de los géneros y la referencia social a los estereotipos entre las características laborales y sociales que existen entre ambos géneros.

Ciudad Juárez también es un ejemplo de cómo se fue *defeminizando* la maquila, la apertura de nuevos sectores más calificados con mayor capacidad técnica, la aparición de otros sectores, como las autopartes, pero sobre todo la sobreabundancia de empleos en la maquila, hizo que la maquila se convirtiera en una fuente laboral local no sólo atractiva para las mujeres sino también para los hombres. La idealidad de la maquila para las mujeres ha sido cuestionada por la experiencia juarense. La gráfica 2 muestra como a partir de los setenta, la participación de trabajadores hombres cada vez fue mayor

La gráfica muestra que la maquila solo en su primera etapa hasta el año de 1982, tuvo una mayoría femenina. La modernización y la apertura comercial, iniciada en 1983, con el ingreso de México al GATT, muestra un crecimiento más constante de los hombres, para finales de los noventa, el porcentaje se igualaría en el 50%. A pesar de esta defemi-

Gráfica 2: Empleo en la maquiladora de Ciudad Juárez por género (1973-1989)



Fuente: INEGI. Estadística de la industria maquiladora de exportación 1974-1980. México, 1981: 2; INEGI, Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación. 1979-1989, México, 1991: 6; INEGI, Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación, 1995: 5; INEGI, Estadística de la Industria Maquiladora de Exportación 1994-1999, 2000.

nización subsiste la idea de ver a la maquila como una industria de mujeres, y se sigue presentando como un trabajo descalificado y mal pagado. Un análisis más fino, basado en los testimonios, en torno al empleo de estas mujeres apunta que ellas fueron utilizadas para descalificar una actividad que en otros espacios era calificada, esto fue una condición necesaria para justificar el pago de un salario mínimo, más que profesional, factores como la capacidad de aprendizaje y adaptación que mostraban las mujeres ante los cambios productivos no fueron valorados y si prolongados hacia los hombres

que ingresaron a la maquila^[24]. En otras palabras, la mujer fue utilizada como un factor para desvalorizar la actividad productiva de estas empresas.

La toma de conciencia en las obreras de la maquila

Lo intensivo de las jornadas y la juventud de las primeras trabajadoras de la maquila

24.- Una explicación más amplia puede ser encontrada en Cirila Quintero Ramírez, «Female work in Mexican maquiladoras. Naturally unskilled work or creating unskilled work for women workers?», comunicación presentada en el «XIV International Economy History Congress», Helsinki, agosto de 2006,.

han sido asociadas a la poca concientización de las trabajadoras de la explotación de que eran objeto. Los relatos de las trabajadoras cuestionan esta idea. Para visualizar esta concientización hay que salirse del espacio productivo y analizar las características laborales de la maquila: primero en cuanto al salario recibido, las estrategias empresariales para alargar el salario y las relaciones laborales de confrontación al interior de las plantas. aspectos conducirían a la protesta de estas primeras trabajadoras. Estos factores conducirían a la concientización y confrontación de las mujeres a estas empresas en el primer gran período de la maquila.

En cuanto a la extensión de la jornada. Por ley, las trabajadoras tenían que laborar 8 horas al día, sin embargo, la alta demanda de producción requería que constantemente las trabajadoras se quedaran horas extras. El quedarse era una opción, sin embargo, las trabajadoras relatan que era una imposición y a veces hasta condición para que no las despidieran. En palabras de ellas:

«Había veces que nos tocaba [quedarnos]... y si no cumplíamos el tiempo extra pues como había cierta represalia, entonces [salíamos y] llegábamos al centro [de Juárez] y ya no conseguíamos [transporte] para regresar [a la casa]... porque el transporte que la empresa nos pagaba, nada más le pedía que fuera a tal hora [y] éste era de la planta al centro y ya del centro...nosotros nos lo arreglábamos [para llegar a nuestra casa]» (Auxilia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

No solo se trataba de una imposición sino que incluso la trabajadora tenía que asumir los costos de su traslado y reajustar sus actividades:

«[la supervisora decía] se tienen que quedar va a haber tiempo extra..., yo muchas veces

le decía... yo no me voy a quedar..., porque donde vivo está bien lejos... ¿Quién me va a llevar a la hora que salga?, y se enojaba, y a veces [por no estar discutiendo] nos quedábamos de 5 a 7..., y cuando había mucho trabajo nos quedábamos toda la semana, e, íbamos el sábado y el domingo hasta medio día y el sábado completo porque había mucho trabajo...» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

El testimonio muestra una sujeción del tiempo de las trabajadoras a las empresas, y espacio nulo para la negociación con los supervisores. Los supervisores, y los gerentes, desempeñaron desde el inicio de la maquila un papel de controlador y defensor de las inversiones al interior de la empresa, y con un maltrato continuo hacia las trabajadoras.

«[la supervisora] tenía que tener... mucho carácter y mucha energía..., el supervisor siempre era muy gritón y a mí no me gustaba eso..., a unas las hacía llorar porque entregan las cosas mal hechas..., la persona era enérgica..., regañaba muy fuerte [por todo]..., si no le gustaba como estaba quedando el trabajo si no se apuraban, si iban al baño, si tardaban un poquito más pues y las estaba regañando..., [decía] que la ida al baño era rápido que no quería que se entretuviera uno porque no quería que se atrasaran las demás o que se adelantaran en el trabajo» (Elvira, trabajadora juarense, período 1965-1979).

Cómo el testimonio relata la producción estaba por encima de todo. El cumplimiento de los estándares laborales se convirtió en el aspecto más evidente de como estos actores fabriles se convirtieron en verdaderos guardianes del capital a nivel planta.

«[...]me disgustaba que nos dieran tanta *carrilla* que nos apuraran tanto en el trabajo...

no nos trataban mal sino que apenas estaba uno terminado un bulto cuando ya veías otro paquetote así..., [era] muy presionado, si me daban poquito incentivo pero no tanto como daban [con] la *carrilla*..., yo si me cansaba mucho de la espalda, la cintura..., porque la costura era muy pesada para mí pero pues como en aquel entonces era en lo que tenía más práctica..., yo nunca trabajé en otra cosa que no era la costura..., si había [maquila] electrónica, pero no muchos, pero yo como siempre mi ramo era la costura, pues siempre trabaje en la costura» (Elvira, trabajadora juarense, período 1965-1979).

A pesar de que las electrónicas parecían ofrecer mejores condiciones laborales. Los testimonios muestran las fuertes exigencias para asumir los cambios productivos sin cuestionamiento:

«[en una línea yo ensamblaba y otro soldaba...[pero] al cabo de 6 meses decía el supervisor: ‘ya no va haber ensambladores... todos van a ensamblar y soldar’...yo le dije: ‘yo no sé soldar’, ¿no? [me contesto]..., ‘pero aquí aprendes, es fácil, usted ha visto como está soldando su compañero, lo que él hace es lo mismo que va hacer usted’..., yo le digo..., ‘no mejor me salgo..., porque no veo bien..., como para verle el puntito exactamente’ y él me dijo..., ‘usted puede..., yo la he visto trabajar, sé que si puede...le voy a dar un mes para que aprenda’..., y aprendí... rapidísimo... nos pedían 200 tablillas por hora..., [empecé] con 150 al día [porque estaba aprendiendo]... [finalmente] alcancé a hacer las 200 [por hora] y estábamos bien haciendo 200 [por hora]..., hasta cuando se acabó ese trabajo, quitaron las líneas, corrieron a toda la gente, a mí no me corrieron..., me mandaron al almacén..., hasta que quitaron el almacén [por problemas entre los dueños]..., corrieron a todos que estaban con el socio [que tenían problema]...,

a mí me pasaron a tablillas [de nuevo] [ahora] nos pusieron en una parte donde teníamos que sacarlas del horno y revisarlas con lupa, las revisaba y las ponía [en un contenedor], y las que venían mal, las sacaba, ahí me pusieron y ahí estuve hasta que me salí» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

En la maquila, a diferencia de otras actividades laborales, el esfuerzo, la disposición, el aprendizaje no eran valorados. La maquila usaba y desechaba a las trabajadoras según sus necesidades. Las empresas amparadas por la protección gubernamental y empresarial, podía hacerlo sin ninguna sanción. Ante la situación que enfrentaban algunas decidieron renunciar a seguir aguantando estas condiciones laborales:

«[...] yo me salí [de la empresa], yo renuncié y...me decían las supervisoras ‘no *hombre* no renuncies, ¿para qué renuncias? No te van a dar nada, porque tú estás renunciando’..., y yo decía no pues ni modo, que no me den nada, yo ya no quiero venir, yo ya estaba cansada de las doce horas..., estaba bien fastidiada con el calorón y no, yo ya no quería venir..., entonces renuncie, salimos de vacaciones en diciembre, ya en enero fui a renunciar..., me dieron 3500 pesos... por 20 años de trabajo..., pero porque yo renuncie...» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

Sin embargo, hubo otras obreras que empezaron a cuestionar estas condiciones, al interior de la planta, dado que se dieron cuenta de la diferencia entre lo que se les pagaba y lo que costaba la prenda que producían:

«[...] primero hasta me daba pena que me pagaran [lo que me pagaban] pero ya después cuando yo sabía lo que costaba cada prenda [que producíamos] pues si me hacía

poco [lo que me pagaban], decía yo pues deberían de pagar un poco más, por qué es mucho lo que ellos ganan por un *brasier* que hacemos, nos pagaban la semana y eso que los bultos eran de 24 piezas, y [uno] no hacía un bulto ¡yo hacía 150 bultos al día!» (Ofelia, trabajadora juarense, 1965-1979).

Así pues, después del deslumbramiento inicial de las trabajadoras por el trabajo de maquila, en comparación de otros empleos locales, se daban cuenta de los bajos salarios que recibían, del escaso reconocimiento de su trabajo y de los malos tratos de supervisores, es decir, se daba su concientización, por lo que iniciaron las primeras oleadas de protesta en la maquila, los cuáles coincidieron con las grandes crisis económica de Estados Unidos, primero entre 1973 y 1976, y luego entre 1983-1986. El propósito fue conformar sindicatos que las representaran. Las primeras en movilizarse fueron las textiles:

«[...] cuando yo entré [a la maquila] no había cafetería, ni nada, ni batas, ni nada, cuando entraba uno le daban sus tijeras, su lápiz y tus telas, y ya si te las robabas o algo pues las tenías que pagar entonces se tenían que cuidar..., ya después a los 12 años de estar ahí *metimos al sindicato* porque...nada más nos pagaban medio sueldo, no teníamos cafetería, no teníamos batas...si descansábamos un día festivo..., otro día teníamos que pagar una hora..., que era hora de la comida del otro día...entonces pues empezábamos a estar inconformes y..., la supervisora de mi línea nos dijo: ¿cómo ven?... andamos viendo, si queremos meter el sindicato, es que con el sindicato nos van a dar batas, nos van a dar todo lo que necesitamos, lápiz, desarmador...nos van a tener que poner cafetería...» (Ofelia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

El testimonio muestra un trabajo sindi-

cal inicial, realizado por las supervisoras de las líneas, quienes anteriormente habían sido obreras, y los conflictos a los que se tuvieron que enfrentar:

«[el sindicato lo inició] la supervisora mía [y otras] 3 supervisoras empezaron..., primero nos anduvieron diciendo a cada una y luego pues las que estuvimos de acuerdo..., ya nos pasaron una hoja para que la firmáramos, pero a escondidas, que no se dieran cuenta los señores [dueños]..., el caso es que la mayoría firmamos, entonces cuando se dieron cuenta..., de lo que estaba pasando en la planta...nos empezaron a llamar... una por una a la oficina, ya nos preguntaba: ‘¿qué está pasando en su línea? Nos estamos dando cuenta que están queriendo meter un sindicato’..., [después] a todas las supervisoras que teníamos... las corrieron... pero volvieron a entrar cuando se inició el sindicato, o sea las corrieron a ellas [pero] ellas se fueron ya con todas las firmas que traían..., entonces [fueron] al sindicato y [regresaron] con el sindicato [entraron] a la oficina con los señores [entonces] nos hablaron a todas y ya el gerente nos dijo: que cada una dijera si estaba conforme con que metieran al sindicato o si estaban conforme con la empresa, que la empresa iba a mejorar mucho sino metíamos al sindicato, que no teníamos que meter a otra persona *que sacara dinero de ahí*, ese dinero que le iban a estar dando [al sindicato] pues mejor nos lo daban a nosotros en beneficios, pero pues no, a nosotros ya nos habían propuesto muchas cosas, eso que les vamos a dar atas, que les vamos a poner esto y nada, no hacían nada, entonces no, pues dijimos que queríamos sindicato» (Ofelia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

Ofelia recuerda que con el ingreso del sindicato las condiciones laborales mejoraron, se les puso cafetería y se les daba útiles

de trabajo que ya no tenían que pagar porque se desgastase, podían ir al seguro social, sin que les descontasen, pero que el proceso no fue fácil y para tener sindicato debieron de mantener una huelga de 24 días, previo a que se les preguntase si se afiliaban o no. La trabajadora comenta los comentarios en contra y desfavorecedores que existieron ante su movimiento y sobre todo las advertencias que recibieron por desafiar a la empresa, y los consejos que recibieron:

«[cuando estábamos en huelga] fuimos al [canal] 44 a pedir ayuda...ahora sí que como le hacíamos...entonces nos dijo Arnoldo... ¿cómo se les ocurre ponerse así con los señores?, ¿Cómo creen ustedes [que] van a ganarle a la empresa? Ustedes no pueden ganar a una empresa, ustedes van a perder sus años que tienen ahí, van a perder su trabajo y no van a poder conseguir en otra fábrica porque ya van a estar tachados...entonces yo les aconsejo que...cuando hagan el recuento final... ustedes pueden poner que están con la empresa y se quedan ahí con su trabajo no pierden nada...pero nosotros no quisimos [desistir de la huelga]», (Ofelia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

Sin embargo, también existieron apoyos sobre todo que vinieron de otros sectores trabajadores:

«[...] mientras estuvimos afuera [de la planta] a nosotros no nos faltaba comida, no nos faltaba nada, porque todos los que estaban en el sindicato de otras empresas, *Coca Cola*, *Pan Bimbo*..., nos llevaban comida, nos llevaba una hielera y nos daban sodas, salchichón, pan, todo para que hiciéramos *lonche*, en la noche iban los luchadores a quedarse ahí para cuidarnos porque éramos puras mujeres..., y se quedaban ahí por si algo pasaba en la noche, duramos 24 días, a los 24 días hicieron el conteo final afuera de la em-

presa, todas las trabajadoras y los señores se sentaron y el sindicato [también]..., luego uno por uno firmaba si estaba con la empresa..., o con el sindicato..muchos se echaron para atrás al término de los días decían: no, pues mis hijos, yo necesito el trabajo..., ya cuando pasamos todos, ya el señor del sindicato se paró y dijo: 'pues hemos ganado entonces..., la empresa, les va a tener que pagar todo el tiempo que estuvimos afuera, ustedes van a venir hasta el lunes [era miércoles] para que ustedes descansen esos días, y el lunes que ustedes entren a trabajar, les tienen que pagar las semanas que estuvimos afuera, con sus bonos y todo..., lo que necesiten... nosotros [el sindicato] vamos a tener una oficina aquí en la empresas y lo que se necesite ahí vamos a estar... el señor y el gerente [estaban] bien tristes..., sentían que los habían traicionado... pero si no nos ayudaban a nada..» (Ofelia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

Los días posteriores al surgimiento del sindicato, estuvieron marcados por el enojo de los patronos hacia ellas, y el hostigamiento hacia las supervisoras, las cuáles fueron reinstaladas, aunque terminaron renunciando. A partir de entonces, las supervisoras ya no fueron obreras sino *de confianza*, es decir cercana a la empresa. También el rumor del cierre de la empresa fue constante, pero Ofelia recuerda que ella se salió 10 años después y la planta seguía. La descripción anterior muestra como las primeras luchas de la maquila salieron desde dentro desde sus propias trabajadoras, con la alianza de mujeres que pudieron colocarse en puestos de control de la producción, y desde ahí impulsan la protesta. Mientras en la parte laboral, estas primeras mujeres experimentaron avances, hubo otras actividades asignadas en el sistema patriarcal de la que no pudieron desprenderse y las que aprendieron a compaginar.

Entre la aceptación de los roles sociales y el desafío patriarcal

La mayor parte de publicaciones de la época se concentraron en la explotación de que eran objeto las mujeres, resaltaron su juventud, pero poco abordaron sus problemáticas sociales, particularmente de las mujeres que empezaron una relación afectiva o bien se embarazaron en este primer período. Al igual que en las relaciones productivas, en sus relaciones afectivas también se mostraba una ambigüedad. Si bien las trabajadoras expresan su gusto por el trabajo, las experiencias laborales que lograron, guardan sentimientos de enojo y frustración hacia estas plantas, sobre todo en cuanto al tiempo que no pudieron estar con sus hijos:

«[...] lo que no me gustaba [de trabajar en la maquila] era que tenía que dejar a mis hijos encargados un ratito, antes que llegara mi esposo para que los cuidará, eso no me gustaba, dejarlos solos para irme a trabajar, no solos sino que los encargaba que me los cuidaran...mientras mi esposo llegaba...» (María, trabajadora juarense, 1965-1979)

Pese a que el no cuidado de los hijos se desprendía de los compromisos laborales, es común que las mujeres se consideraran culpables de este descuido. Así pues, contrasta la actuación combativa y aguerrida por derechos en las fábricas con la conformidad con que asumieron sus responsabilidades familiares, e incluso la sujeción al marido:

«[después de mi trabajo] llegaba [a mi casa] a cuidar niños, limpiar mi casa, aparte de venir cansada del trabajo, pues [era] llegar a mi casa a limpiar porque mi esposo decía que aunque trabajaba fuera tenía que hacer el quehacer de la casa, [que el trabajo] no era inconveniente» (María, trabajadoras juarense, 1965-1979).

Sin embargo, en otras trabajadoras había una concientización de la inequidad que existen entre los trabajadores hombres y las trabajadoras mujeres:

«[...] las mujeres casi siempre tienen...problemas..aparte llegan cansadas, llegan con sueño, tienen que cuidar a los hijos que tienen, [hay] que llevarlos al hospital..., esos problemas eran distintos entre mujeres y hombres..., [también] teníamos que ir a pagar algún recibo que no se podía pagar en la tarde y pues...las mujeres éramos las que [más] salíamos por permiso, los hombres casi no..., todo el tiempo le dejan a uno todo la responsabilidad..., [no hay ayuda de ellos]...por llegaba [de trabajar] y mi marido el puro descansar, él quería estar acostado, descansando y yo era la que tenía que llegar a hacer todo» (Elvira, trabajadora juarense, 1965-1979).

En las relaciones afectivas, las primeras obreras juarense fueron más confrontativas, mientras asumían sus roles como madres, en materia emocional era diferente. Las mujeres de la época recuerdan la ruptura de matrimonios, los cambios de pareja tanto de mujeres como hombres, que se registraron en las maquiladoras que trabajaron, enfatizando que la existencia de tantas mujeres propiciaba el involucramiento de los hombres de la empresa con otras compañeras, en otras ocasiones fueron ellas las que propiciaron estas relaciones. Las mujeres más tradicionalistas criticaban estas actitudes:

«[...] lo que se veía mucho era que [en ese tiempo]..., se deshicieron muchos matrimonios, en lo que yo estuve ahí...los mecánicos..., eran casados..., y ahí empezaron a andar con las muchachas que estaban ahí, casi todos se divorciaron o se dejaron y se juntaron con las [muchachas] de ahí..., porque los viernes también se iban a bailar, se iban

a tomar, y ya de ahí se iban a donde querían las mujeres, [a veces] iban a buscarlos ahí hasta la empresa..., [el comportamiento de los hombres] era parejo porque hasta los señores [administrativos] *se consiguieron* una operadora de ahí de la empresa..., algunos..., como el contador dejó a la esposa y a los hijos por ella y se juntó con ella., esa muchas estaba bien bonita y pues [él] un señor también buscando..., todos [eran iguales]..., nomás el gerente fue el único que yo vi con *fulana*..., cuando yo me salí ya todos estaban dejados y juntados con otras *viejas*..., porque como había tanta mujer...» (Ofelia, trabajadora juarense, período 1965-1979).

Desde una perspectiva conservadora, la actitud de estas mujeres era bastante criticable, desde una perspectiva feminista, su comportamiento podría interpretarse como un avance, al cuestionar el dominio masculino y la sujeción a un esposo, y la capacidad de decidir con quien relacionarse sentimentalmente, en virtud de tener un ingreso monetario, es decir, no estar sujeta a la dependencia económica de un hombre. En ese sentido, las primeras mujeres de la maquila, no solo confrontaron a sus empresas sino la opresión masculina.

Consideraciones finales

Este artículo ha recuperado la experiencia productiva de la primera generación de mujeres de la maquila mexicana desde una perspectiva analítica más amplia. En donde el proceso productivo es importante, pero no suficiente. Centrarse en él, conduce a repetir una historia de explotación y victimi-

zación de las mujeres trabajadoras en esta industria. Sin embargo, acercarse a este proceso, desde las percepciones de las mujeres permite reconstruir una historia en donde la agencia de las mujeres estuvo presente, al decidir trabajar o renunciar a este trabajo; también muestra sus reflexiones en torno al trabajo que realizaban, las ventajas y las injusticias que experimentaban.

La mirada más allá de la línea permite observar la interacción de mujeres y hombres que se dieron desde los orígenes de la maquila. La división sexual que existió al interior de estas plantas, y el uso pragmático que de la figura de la mujer realizaron los gerentes de la época para desvalorizar el trabajo realizado en estas plantas a pesar de minuciosidad y precisión que necesitaba. De la misma manera da cuenta de las alianzas que los actores locales establecieron con el capital. Los empresarios para atraer mediante concesiones e incentivos a las empresas, y los gerentes y supervisores para mantener controladas y subordinadas a las trabajadoras.

A pesar de todo el dominio y control que experimentaban las trabajadoras encontraron los intersticios, como dice Marx, para rebelarse en contra de la dominación y los malos tratos. Más aún no solo cuestionaron a sus opresores fabriles sino también a un sistema social y patriarcal que las había inserto en un mercado laboral sin descargarle de sus *obligaciones* familiares y pretendía mantenerlas bajo el dominio masculino. Estas trabajadoras se rebelaron y establecieron relaciones afectivas que cuestionaban el núcleo de la familia nuclear impulsada por el capitalismo.